

Experiencia de vida e historia oral

Reflexiones desde el trabajo y la salud-enfermedad

Ricardo Cuéllar Romero

*Margarita Pulido Navarro**

Resumen

Figuran en este ensayo diversas reflexiones en torno a las posibilidades conceptuales y de método que ofrece la historia social, a través de la historia oral, para rescatar y contribuir a esclarecer la experiencia de vida individual y colectiva históricamente determinadas. Asunto que resulta muy importante para entender el papel de la subjetividad en la significación del trabajador acerca de sus condiciones laborales y del proceso salud enfermedad. Se hace hincapié en la necesidad de retomar el diálogo entre el marxismo y la fenomenología.

Palabras clave: historia social, trabajo, historia oral, subjetividad, proceso salud-enfermedad.

Abstract

In this essay many reflections figured on the conceptual and methodical possibilities offered by social history, through oral history, to rescue and contribute to clarify the experience of individual and collective life historically determined. This issue is very important to understand the role of subjectivity in the worker's meaning about his working conditions and the disease health process. Emphasis is placed on the need to resume the dialogue between marxism and phenomenology.

Key words: social history, work, oral history, subjectivity, health-disease process.

* Profesores-investigadores, UAM-Xochimilco [ricardocuellarr@yahoo.com.mx] [mpulido@correo.xoc.uam.mx].

Si te acercas a las cosas racionalmente te convertirás en un ser duro. Si te dejas llevar por las emociones, te arrastrará la corriente. Si das rienda suelta a tus deseos, te sentirás atrapado.

NATSUME SOSEKI, *Kusamakura*
(*La almohada de yerba*)

Introducción

Vale la pena recordar aquí, de entrada, lo que dos destacados autores marxistas, Paul Baran y Eric Hobsbawm, realizaron en su momento:

Nadie que esté en su pleno juicio, sea marxista, materialista mecánico o idealista, ha negado jamás que los hombres tengan preferencias, ejerzan su voluntad, equilibren alternativas, o para el caso, muevan sus piernas al caminar. El problema es, y siempre ha sido, descubrir lo que determina la naturaleza de las alternativas asequibles a los hombres, lo que explica la índole de las metas que éstos se fijan en distintos periodos del desarrollo histórico, lo que les hace desear lo que quieren en distintas sociedades y en diversas épocas (1985:159).¹

Estamos profundamente convencidos de que la concepción materialista de la historia es la guía metodológica indispensable para explorar los nexos múltiples, e históricamente variables, entre el desarrollo de las condiciones materiales de existencia² y la evolución de la conciencia, las ideologías, los afectos y las emociones de los seres humanos.

No olvidamos, sin embargo, el carácter de las leyes tendenciales en Marx que, según Rosa Luxemburgo, son “leyes de gravitación”, que no

¹ Marx y Engels habían escrito en *Ideología alemana*: “Los individuos han partido siempre de sí mismos, aunque naturalmente dentro de sus condiciones y relaciones históricas dadas, y no del individuo ‘puro’, en el sentido de los ideólogos” (1974:114).

² “Estas condiciones de existencia sólo son, naturalmente, las fuerzas de producción y las formas de intercambio existentes en cada caso” (Marx y Engels, 1974:114).

se imponen en línea recta y por el camino más corto, sino al contrario, mediante constantes desviaciones y según direcciones contrapuestas (Luxemburgo, 1979:134).

Como es obvio, no se pretende sostener aquí –a la manera, por ejemplo, del individualismo metodológico– la preeminencia de una ontología de sujetos individuales, esto es, de establecer explicaciones de los fenómenos sociales a partir de los significados constituidos por las intenciones de los sujetos. Sin que esto equivalga a negar la validez de las descripciones fenomenológicas, es necesario un esfuerzo explicativo que dé cuenta, siempre de acuerdo con Lukács, del ¿por qué?, ¿cómo?, ¿en qué situación y momento?, ¿de qué modo y para qué función?: “¿por qué en una época dada los individuos en el plano de la conciencia cotidiana, los científicos que cultivan las ciencias positivas y los filósofos que cultivan la filosofía se sitúan en esa posición de la ruptura entre el sujeto y el objeto?” (Goldmann, 1975:79).

Las observaciones de otro destacado autor, Karel Kosik, al respecto son más que pertinentes:

La teoría materialista debe *emprender* el análisis partiendo de esta cuestión: ¿*por qué* los hombres han cobrado conciencia de su *tiempo* precisamente en estas categorías, y *qué tiempo* se muestra a los hombres en dichas categorías? Con tal planteamiento, el materialista prepara el terreno para proceder a la destrucción de la pseudoconcreción, *tanto* de las ideas *como* de las condiciones, y sólo *después* de esto puede buscar una explicación racional de la conexión interna entre el tiempo y las ideas (Kosik, 1976:34-35).

En este ensayo nos proponemos reflexionar acerca del papel que la historia social, a través de la historia oral, puede desempeñar en el rescate y esclarecimiento de la experiencia de vida individual y colectiva históricamente determinadas, a propósito de la dialéctica trabajo-salud. Lo hemos dividido en sencillos apartados. En el primero, nos permitimos hacer un apunte acerca del fundamental asunto de que, en las sociedades antagónicas, las clases se sustentan frente a los individuos que las integran. En los siguientes, procuramos sugerir

cómo la historia oral permite la recuperación y cierto tratamiento de la experiencia y, por ende, de la subjetividad del individuo y sus colectivos.

Las narrativas que podemos desencadenar con la historia oral, donde las expresiones de los acontecimientos, experiencias de vida, memorias, modos de andar, modos de estar en la vida, nos permiten descubrir esa primera etapa de la elaboración de toda conciencia, esa que se ubica en lo que algunos llaman la vida cotidiana, otros, la vida privada, otros más, el mundo de la pseudoconcreción, y que es, a final de cuentas, el mundo de la praxis cotidiana, del sentido común, de la praxis utilitarista; de aquello que no nos explica, pero que sí nos pone en condiciones de estar, de ser en el mundo.

Sin embargo, bien miradas las cosas, para tratar de profundizar, para poder llevar a cabo la interpretación, para comprender ese mundo de la praxis cotidiana es necesario realizar un diálogo entre marxismo y fenomenología. En nuestro caso particular hemos incorporado el problema de la salud enfermedad en el proceso de elaboración de una conciencia cotidiana en torno de la relación entre el trabajo y la salud.

El proceso de enfermar se encuentra históricamente determinado. Su explicación particular y, más aún, su significado, la vivencia de la enfermedad, representan acontecimientos cardinales para el llamado conocimiento científico, asimismo para la “toma de conciencia” del sujeto de su propia corporeidad. En otras palabras, es a partir de esta situación, de esta “superación” de una cierta ingenuidad corporal —la salud es el silencio de los órganos, ha dicho Canguilhem siguiendo a Leriche—, que el sujeto, el trabajador puede tomar conciencia de su situación social y puede, más adelante asumir una conciencia de clase.

Queremos comprender la subjetividad y su proceso de formación para entender de qué manera la subjetividad —elaborada en la interrelación con los otros, en los distintos espacios sociales— desempeña un papel fundamental como mediadora entre las condiciones de trabajo y vida de la clase trabajadora y su proceso salud-enfermedad. Por ese motivo, la historia social, a través de la historia oral, se perfila como un método que permite acceder al conocimiento de la subjetividad. Con la historia oral podemos no sólo conocer la historia de vida de los sujetos, sino su forma de estar en el mundo, conocer cómo su clase social de pertenencia da lugar a una cierta manera de significarse, significar su

mundo, su cuerpo y a los otros; sus maneras de actuar, en función de su clase social; podemos asimismo tener idea de cómo su entorno, es decir, el contexto histórico, social, político, económico, cultural, psicológico, da lugar, propicia, determina su identidad y sus acciones, su praxis cotidiana, sus simbolismos, significados, sus tiempos biológicos, personales, de convivencia, sus espacios de interacción con los otros.

La clase se sustantiva

Las clases sociales son un resultado fundamental de las relaciones sociales cuando las relaciones de producción se constituyen con base en la propiedad privada, como en el caso del modo de producción capitalista, la formación social económica prevalente en nuestra sociedad.

El concepto de clase social sólo se puede comprender en el contexto de las contradicciones y leyes de desarrollo de un determinado modo de producción y de una determinada formación social. Toda sociedad produce y reproduce, en un proceso continuo, su modo de producción material y espiritual de la vida social. Lo que distingue a una sociedad de otra es la forma de reproducción de sus fuerzas productivas y de las relaciones sociales de producción que del modo de producción se derivan.

Para el materialismo histórico es el modo de producción la “base” social que determina los fenómenos políticos e ideológicos en general, es decir, “sobre” el modo de producción se constituye una “superestructura” jurídica y política a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social, determinadas ideas que reproducen ese modo de producción. De ahí trasciende que, para existir, toda sociedad al mismo tiempo que reproduce su modo de producción, debe reproducir también su “superestructura”.

Por ello, con base en el modo de producción y sus relaciones de propiedad podemos caracterizar y explicar una cierta época histórica y su transformación en otra, estableciendo a partir de la historia, o más precisamente del materialismo histórico, un criterio de periodización. Ubicamos, a partir de este criterio de periodización, los diversos modos de producción en dos grupos diferentes según sea el carácter de sus

relaciones sociales, en especial, de sus relaciones de propiedad. Si el acervo de la sociedad, esto es, las fuerzas productivas, son propiedad privada, nos encontramos ante un modo de producción de naturaleza antagónica. Por el contrario, cuando la propiedad es social los modos de producción no son antagónicos.

Así, los modos de producción antagónicos están definidos por la forma histórica de apropiación privada de los medios de producción –llámense pisos de fábrica, control sobre el proceso laboral, antes en manos de los productores directos, máquinas, insumos, etcétera– y la utilización, por parte de sus propietarios, de estos medios para disponer del trabajo de quienes no los poseen. Como resultado, el elemento central de estas sociedades y su historia son las relaciones de explotación que se establecen entre los propietarios de los medios de producción y los productores directos; y, en consecuencia, también se desarrollan los mecanismos políticos, ideológicos que apoyan las relaciones de explotación.

Cuando las relaciones sociales de producción están basadas en la propiedad privada de los medios de producción dan lugar al surgimiento, a la conformación de ciertos grupos sociales con características muy particulares, son las clases sociales. Lenin define a éstas de la manera siguiente:

Las clases son grandes grupos de hombres que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción social históricamente determinado, por las relaciones en que se encuentran con respecto a los medios de producción (relaciones que las leyes refrendan y formulan en gran parte), por el papel que desempeñan en la organización social del trabajo, y, consiguientemente, por el modo y la proporción en que se perciben la parte de la riqueza social de que disponen. Las clases son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse el trabajo del otro por ocupar puestos diferentes en un régimen determinado de economía social (Lenin, s/f:479).

El materialismo histórico no sólo aborda elementos de la vida económica, por el contrario, su principal fuente de interés es la vida de los

seres humanos, su cultura, su vida social. Por ello aclara que son las condiciones materiales en las que los hombres producen las que explican las diversas facetas de su vida social. La determinación del contenido de los fenómenos agrupados en la “superestructura” por la estructura económica debe entenderse, sin embargo, no como una causalidad de naturaleza mecánica y absoluta, sino dialéctica, en constante contradicción. La estructura material es el determinante en “última instancia”, lo que confiere a la “superestructura” una “autonomía relativa”.

Los hombres son los productores de sus representaciones, ideas, etcétera, pero se trata de hombres reales y activos tal y como se hallan condicionados por un determinado desarrollo de sus fuerzas productivas y por el trato que a él corresponde [...] La moral, la religión, la metafísica y cualquier otra ideología, y las formas de conciencia que a ella corresponden [...] no tienen su propia historia ni su propio desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y su trato material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia (Marx y Engels, 1974:21).

En una sociedad sin clases sus miembros se organizan en torno de instituciones al servicio de la sociedad entera. En las sociedades clasistas, como la sociedad capitalista, el carácter de los fenómenos superestructurales se modifica:

La instancia jurídico-política ya no es en este caso un conjunto de instituciones al servicio de toda la sociedad, sino que está constituida por aparatos de clase; del mismo modo que la instancia ideológica no es la representación del mundo de la comunidad toda, sino la esfera en que las ideas dominantes son necesariamente las de la clase dominante (Cueva, s/f:7).

Vale la pena mencionar, además, que de acuerdo con Marx y Engels, la clase que ejerce el poder material “dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante”. Así:

La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes (Marx y Engels, 1974:59).

Por lo demás, y esto es asimismo fundamental, a decir de los autores que estamos siguiendo, una vez que el proceso histórico de enfrentamiento clasista ha dado por resultado la constitución de la clase, ésta se *sustantiva*:

[...] a su vez frente a los individuos que la forman, de tal modo que éstos se encuentran ya con sus condiciones de vida predestinadas, por así decirlo; se encuentran con que la clase les asigna su posición en la vida y, con ello, la trayectoria de su desarrollo personal; se ven absorbidos por ella. Es el mismo fenómeno que el de la absorción de los diferentes individuos por la división del trabajo, y para eliminarlo no hay otro camino que la abolición de la propiedad privada y del trabajo mismo (Marx y Engels, 1974:75).

Por otra parte, si hemos de avanzar en nuestra posición, mencionaremos que el concepto de conciencia de clase, en su versión marxista, no puede corresponder a la “conciencia empírica” que tienen los individuos de su condición de clase. La “conciencia empírica” o psicológica de los hombres puede estar o no cercana a la conciencia de clase, esta última no se forma de modo ajeno a las maneras históricas concretas de producción. Se determina al nivel del análisis de los intereses de clase dentro de una formación social dada, independientemente de la existencia de individuos que asuman, perciban o no, esos intereses. La ideología de clase sería la traducción, si se quiere la “operacionalización” de esos intereses en planes, metas y medios definidos para alcanzar los intereses de clase. La “conciencia empírica”, la psicología de clase,

implica el estudio empírico, positivo dirían Marx y Engels,³ de los individuos en el contexto de su proceso de constitución como clase.

Ya que hablamos de la psicología de clase, expresión que retomamos de Lukács (1969), debemos señalar que ésta alude a la especificidad de una situación histórica determinada que comprende, entonces, las formas de sentir, de percibir, de pensar, de imaginar, de soñar, de las clases sociales –de los sectores de clase y subgrupos y estratos sociales que enriquecen, diversifican la estructura de clase– situadas históricamente. La conciencia empírica –la conciencia ordinaria de la que habla Adolfo Sánchez Vázquez (1972)– y la praxis espontánea posibilitan el estudio del comportamiento del hombre en su condición histórica concreta. Dos Santos detalla al respecto:

Y surge también la condición dramática de la realidad social, las contradicciones entre los individuos y su realidad objetiva y psicológica. Surgen los elementos trágicos, grotescos o cómicos de la existencia humana. La ciencia se encuentra así con la política real, la literatura, el arte y la existencia cotidiana de los hombres (Dos Santos, s/f:37).

En la sociedad capitalista el intercambio mercantil define las relaciones sociales entre los seres humanos. Los bienes que se producen

³ “La condición de la clase trabajadora es el terreno positivo y el punto de partida de todos los movimientos sociales contemporáneos, porque ella señala el punto culminante, más desarrollado y visible, de nuestra persistente miseria social [...] El conocimiento de las condiciones del proletariado es, por tanto una necesidad indispensable, para dar a las teorías socialistas, por una parte, y a los juicios sobre su legitimidad, por otra, una base estable, y para poner fin a todos los sueños y fantasías *pro et contra*” (Engels, 1974:29). Por su parte Marx, en 1880, tres años antes de su muerte y trece después de la publicación original del primer libro de *El capital*, redacta un “cuestionario” que formaba parte de “un programa electoral para los obreros, con motivo de las próximas elecciones”. El *Questionneur* fue publicado el 20 de abril de tal año. Según T.B. Bottomore y M. Rubel, en dicho cuestionario Marx invita a los trabajadores de la ciudad y del campo a responder porque sólo ellos pueden establecer “con pleno conocimiento de causa los males que soportan”. El llamamiento va dirigido también a los “socialistas de todas las escuelas que desean la reforma social y deben desear, por consiguiente, tener un conocimiento exacto y positivo de las condiciones en que vive y trabaja la clase obrera, la clase a la que pertenece el futuro” (Bottomore y Rubel, en Marx, 1968:225-234).

se destinan al mercado, al cambio y no al consumo inmediato de los productores directos. Es una producción de mercancías. Tiene lugar la separación entre el productor directo y los medios que requiere para trabajar, pues ha sido despojado de ellos en un largo proceso histórico llamado de acumulación originaria de capital; así los medios de producción son propiedad privada de un determinado sector de la sociedad –la clase de los capitalistas– en dicho proceso los trabajadores han sido transformados en asalariados libres que para poder subsistir requieren vender su fuerza de trabajo a los capitalistas; éstos se apropian parte del producto obtenido a través del proceso de producción llevado a cabo por la clase trabajadora.

Como sistema económico –dice Lenin–, el feudalismo se diferencia del capitalismo, precisamente, porque el primero *dota* al trabajador de tierra y el segundo *separa* al trabajador de la tierra; el primero asigna al trabajador los medios de la vida en *especie* (o los obliga a producirlos en su “lote”) y el segundo fija al trabajador un salario, con el cual éste *compra* lo necesario para vivir (Lenin, *s/f:427*).

Como se desprende del señalamiento de Lenin, en el modo de producción capitalista el proceso de producción y reproducción del productor directo –de la mercancía fuerza de trabajo– se lleva a cabo desde el punto de vista del proceso de valorización del capital, esto es, en función de la obtención de un plus trabajo que es apropiado por los capitalistas, es decir, trabajo no remunerado al trabajador. Así, el salario no cubre la cantidad de trabajo que el proletario plasmó en la producción, su trabajo, sino sólo el valor de la mercancía fuerza de trabajo convencional para la clase capitalista, es decir, el salario sólo cubre la cantidad de trabajo socialmente necesaria para reproducir esa mercancía, la fuerza de trabajo. El ser humano es convertido en mercancía, las relaciones entre los seres humanos, el hombre capitalista y el hombre proletario, se dan en función no de cualidades inherentes al ser humano, sino sólo en función de cualidades de intercambio monetario. El ser humano proletario ha sido convertido así, en cosa, intercambiable por dinero, esto lo logra sólo el capitalismo.

El fenómeno de la enajenación que es acarreado tanto por el desplazamiento capitalista del productor directo respecto del proceso total de la producción como por la fragmentación del proceso de trabajo, así como la “administración científica” del trabajo, influyen profundamente en el quehacer práctico y espiritual del capitalismo.

Tal situación da lugar a la individualización de la vida social y la expresión de las relaciones sociales como relaciones de cambio, de tráfico (autonomía de las relaciones sociales cosificadas), que llevan aparejado el fenómeno del desconocimiento del hombre como tal. Excepto la de trabajador, no existirá en el capitalismo el reconocimiento real del obrero como ser humano. Ciertamente es que, aun este reconocimiento del hombre como mero trabajador, dependerá de la existencia efectiva del capital:

Tan pronto como el capital –necesaria o voluntariamente– no existe ya para el trabajador, éste no existe para sí mismo [...] La economía política no reconoce, pues, al trabajador en tanto que se encuentre fuera de esta relación de trabajo [...] los estafadores, ladrones, mendigos, desempleados, los trabajadores que mueren de hambre y de pobreza o los criminales son figuras que no existen para la economía política (Marx, 1975:119-120).

Así, la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía (la conversión de una función humana en mercancía), la reducción del ser humano a nivel de objeto, de mero factor de la producción, determina una cierta concepción y vivencia del hombre en términos de cosas, de máquinas, perfectamente racionales para el punto de vista capitalista.

La situación no queda ahí, sino que la extensión, consolidación y recreación de las relaciones sociales de producción burguesas, significan la generalización de la base social y material, en apoyo al desarrollo de la mentalidad instrumental y del trabajo cosificado. Tienen lugar, entre otros fenómenos de gran alcance, la subordinación del cuerpo biológico al “cuerpo productivo”, del trabajo vivo al trabajo muerto, del trabajo concreto al trabajo abstracto, del trabajo cualitativo al trabajo cuantitativo.

Aún más, el carácter cosificado del trabajo, en el capitalismo, impone a los saberes, tanto a los especializados como a los no especializados,

considerar al trabajo no en su esencia y generalidad, sino como simple actividad laboral. En cualquier caso, esta cosificación, este “carácter de una coseidad” –para seguir a Lukács– no hace sino ser coherente con el hecho de que en la sociedad capitalista las relaciones entre los sujetos están determinadas por la forma de intercambio dominante correspondiente al tráfico mercantil, un tráfico “cuyas consecuencias estructurales son capaces de fluir en la vida entera de la sociedad, igual la externa que la interna”.

En la sociedad capitalista, la significación obrera de su posición práctica en la vida involucra sentimientos, emociones, sentidos y expresiones de los sujetos. El trabajador como sujeto perceptor,⁴ desde una situación, una ubicación encarnada enfoca al mundo como un campo vivido. Su percepción, como cualquier acto de percibir, es un todo reflexivo e integral que cambia con el tiempo. Los factores que informan su acción de percibir son, por tanto, históricos. De ahí que el campo, el horizonte perceptual, ubicado dentro de la capacidad de significación del trabajador, difiera de un periodo a otro e involucre, desde luego, una dialéctica: de confrontación, de adaptación, de permanencia, de ruptura, de resistencia.

El carácter de fuerza de trabajo, contiene no sólo un proceso de proletarianización y asalarización, de posibilidad de “capital para sí”, sino también el “rol”, el papel, la percepción, la subjetividad de mercancía, de objeto, de cosa, en el sentido de que:

[...] la producción no sólo produce al hombre como mercancía, la mercancía humana, el hombre en el papel de mercancía; de acuerdo con este papel lo produce como ser mental y físicamente deshumanizado [...] Su producto es la mercancía con conciencia de sí capaz de actuar por sí misma (Marx, 1975:118).

⁴ “[...] la percepción es una conexión reflexiva entre el perceptor encarnado y el mundo vital. Está organizada por el sentido, el sentimiento, la emoción y la expresión del sujeto, y realizada por medio de legados históricos, culturales de que dispone en el mundo; ninguna percepción es una comunión instantánea, sino que, antes bien, siempre es perspectiva y proyectiva” (Lowe, 1982:308).

Es cierto que el proceso de sustantivación de las relaciones sociales, en particular la “absorción” de los individuos por la clase, hace inevitable una diferencia entre la vida de cada individuo “en cuanto se trata de su vida personal, y esa misma vida supeditada a una determinada rama de trabajo y a las correspondientes condiciones”. En especial, en el caso de los proletarios, dado que su condición de vida, el trabajo, se convierte en “algo fortuito”, la contradicción “entre la personalidad del proletariado y su condición de vida, tal como le viene impuesta, es decir el trabajo, se revela ante él mismo, sobre todo porque se ve sacrificado ya desde su infancia y porque no tiene la menor posibilidad de llegar a obtener, dentro de su clase, las condiciones que le coloquen en otra situación” (Marx y Engels, 1974:116).

Del método: trabajo y salud

La experiencia, la *praxis* cotidiana o vida privada, como vemos, con sus emociones, sentires, sentimientos, significados, simbolismos, no se encuentra presente, no sucede, en un vacío histórico. Es cierto que el yo tiene sus propios campos y sus propias lógicas, que es necesario estudiar para aclarar y conocer al respecto, sin embargo ese conocimiento no se puede profundizar al margen del momento histórico, al margen de las condiciones materiales de vida que, en última instancia determinan, o si se quiere condicionan, las características que asume ese yo; ese momento histórico en el que se dan la serie de características inherentes a ese yo. En otras palabras, no es posible interpretar los actuales estados cambiantes del yo sin hacerlo a la luz del momento histórico.

Es cierto, como diría Zygmunt Bauman, nos asusta la fragilidad y vacilante actitud individual ante las situaciones sociales que se repiten y que en otro momento histórico habrían cimbrado a la mayoría. Nos asusta el grado mayúsculo de incertidumbre, la desconfianza que, con toda razón, generan las instituciones, hay desconfianza en la otredad; todo se ha vuelto inestable, así como el trabajo, todos los vínculos que establecemos con los otros seres humanos parecen haber adquirido un carácter de provisionales, la amistad no suele ya ser duradera e incluso el amor tiene carácter temporal. Todo se mueve entre lo efímero y lo

banal, nada parece tener la solidez considerada antaño, todo es líquido, voluble, superficial; el sello del consumismo parece haber penetrado todos los campos, incluido el de la convivencia de los seres humanos, todo tiene un tiempo de caducidad, la obsolescencia ha penetrado todos los rincones (Bauman, 2013). Esto que vemos en lo inmediato, en la cotidianidad, nos asusta; sin embargo, a pesar de lo impactante que de suyo resulta, cuando analizamos los fenómenos sociales, políticos, culturales, psicológicos, no debemos quedarnos sólo en lo inmediato, su interpretación sólo es posible a la luz del momento histórico.

Por otro lado, la intención de avanzar en la reflexión inicial propuesta, y conocer más de la relación entre el trabajo y la salud, nos hemos preguntado cómo podemos hacer para romper con la costumbre repetitiva, del “tratamiento mecanicista, reactivo y fiscalista del hombre”, por el cual, las ciencias sociales toman “prestada” la “caja de herramientas” de las ciencias naturales, como señala Hampden-Turner (1978:26). Este autor ha destacado de manera muy clara que:

[...] la exigencia de precisión e invariabilidad atrae al investigador hacia las actividades más triviales y repetitivas del hombre, que el empirismo se concentra en exterioridades estereotipadas, ignora la profundidad de la experiencia y enfatiza el *statu quo* por encima de las visiones del futuro. Hemos visto que el análisis fragmenta, sin poder volver a integrar los fragmentos, que mira hacia el pasado en lugar de mirar hacia adelante, que considera al hombre según los criterios aplicados a los animales, y que no respeta su complejidad.

Por cierto, autores importantes han criticado esa forma de hacer investigación por parte de la corriente hegemónica de la ciencia, es decir, el positivismo. Wright Mills (1997:68) señala que esa forma se preocupa más que de plantear un problema, de las variables que se utilizarán, del tipo de instrumento, de la población a encuestar, de los controles, es decir, la preocupación se centra en una “metodocracia” que puede llevar finalmente a una inhibición metodológica. En palabras del mismo Mills, esa forma de investigación:

[...] suele tomar como fuente básica de sus “datos” la entrevista más o menos igual con una serie de individuos seleccionados por un procedimiento de muestreo. Se clasifican sus respuestas [...] para hacer series estadísticas por medio de las cuales se buscan relaciones. Indudablemente, este hecho, y la consiguiente facilidad con que se aprende el procedimiento una persona medianamente inteligente, explica en gran parte su atractivo. A los resultados se les da normalmente la forma de aseveraciones estadísticas [...] hay varias maneras de manipular esos datos [...] independientemente de su grado de complicación, no dejan de ser manipulaciones de la clase de material indicado.

Mills señala que el método hegemónico brinda seguridad si se es inseguro y se prefiere seguir un camino trillado para no aventurarse y tener que plantear claramente problemas y métodos o caminos nuevos para conocer la realidad. Por cierto, para aclarar un poco el camino que podríamos tomar para conocer esa realidad, Santiago Ramírez (1976: 121) nos ofrece importantes elementos en torno del método marxista para tomar en consideración:

Desde otro punto de vista –y a diferencia del método tradicional de las ciencias naturales–, el método dialéctico no pretende aislar o purificar los hechos arrancándolos de su contexto vital ni situarse mentalmente en un ambiente carente de perturbaciones. Este punto de vista –el del método tradicional de las ciencias naturales–, afirma Marx, es el punto de vista de la clase dominante de la sociedad capitalista. El método dialéctico, lejos de caer en las ilusiones del método tradicional de las ciencias naturales y en contraposición a éste, impide el “sucumbir a la apariencia social [...] para conseguir ver la esencia detrás de la apariencia”, para el método dialéctico los hechos no son tales sino que llegan a serlo a través de una elaboración y así, el método de Marx no acumula sino que elabora los hechos, no los aísla sino que los inserta en su contexto vital: el método de Marx es así, una elaboración o reelaboración de los hechos; es desde este punto de vista, el método de la praxis.

A partir de esos y otros entendidos, hemos de señalar que si queremos conocer la realidad no debemos quedarnos en un análisis fenoménico de la situación, en la inmediatez propia de las asociaciones estadísticas

de causa-efecto, para las cuales se busca una causa única y directa sobre un efecto, asimismo único y directo, aislados ambos elementos de su contexto y de sus determinaciones sociales, económicas, políticas y culturales; es decir, tal método busca asociar elementos en apariencia apolíticos –decimos en apariencia, pues en realidad esconden una intensa carga política al favorecer la permanencia de un mismo estado de cosas–, y tiende a invisibilizar las determinaciones que en última instancia obran sobre el fenómeno, en una u otra dirección.

Si aspiramos a no detenernos, como diría Kosik (1976), a la mitad del camino del conocimiento de las problemáticas, es decir, no permanecer en un análisis fenoménico de la situación en el cual se observa sólo lo inmediato y, por el contrario, nos proponemos profundizar para conocer la realidad y poder incidir sobre ella, debemos explorar otros métodos. A través del camino del materialismo histórico, podremos profundizar en el estudio de los fenómenos para conocer lo que estructura su situación y da lugar, por un lado, a las condiciones materiales de vida y, por el otro, pero no desligado de esas condiciones materiales de vida, a las características que asumen los fenómenos.

Para superar, en forma dialéctica, desde luego, la inmediatez de los fenómenos, es preciso trascender el enfoque dominante que reduce los procesos económicos, políticos, sociales, culturales y psicológicos a un intrascendente “marco biográfico y cronológico” con lo que se deja a un lado, se oculta, el carácter determinante del entorno (Cuéllar y Peña, 1985:11), y se consigue, lo que la clase en el poder pretende –con respecto a nuestro objeto de estudio, la salud de los trabajadores– ver al proceso salud-enfermedad como un “fenómeno ajeno a la sociedad”, por el contrario, debemos ubicar ese proceso como un fenómeno histórico, un proceso social y biológico cuya última expresión se encuentra en el individuo. Las características de tal proceso dependen del “tipo de movimiento de la estructura social en cada formación económico social” también determinada por el momento histórico (Cuéllar y Peña, 1985:12).

En otras palabras, se trata de observar cada situación particular como producto de un devenir histórico que desemboca en las situaciones cotidianas y las representaciones elaboradas por los sujetos en un momento histórico determinado, que pueden surgir precisamente

a partir de la trabazón, del enfrentamiento cotidiano en un mundo plagado de contradicciones, sintetizadas en la lucha interna del día a día entre asumir las ideas dominantes y resistir, oponerse a la dominación.

Así pues, se trata de aclarar qué es lo que se entiende por realidad, si es lo inmediato, es decir el resultado del fenómeno, o es más bien lo que está detrás: las relaciones que en la esencia se entablan para dar como resultado el fenómeno.

Como dice Lukács:

[...] hay que penetrar con la mirada su condicionamiento histórico como tal, hay que abandonar el punto de vista para el cual están inmediatamente dadas (las cosas); los mismos hechos en cuestión tienen que someterse a un tratamiento histórico-dialéctico [...] una consideración realmente científica, la cual, según las palabras de Marx, “sería superflua si la forma fenoménica y la esencia de las cosas coincidiera de modo inmediato”. Por eso lo que importa es, por una parte, desprender los fenómenos de la forma inmediata en que se dan, hallar las mediaciones por las cuales pueden referirse a su núcleo, a su esencia, y comprenderse en ese núcleo; por otra parte, conseguir comprensión de su carácter fenoménico, de su apariencia como forma necesaria de manifestarse. Esta forma es necesaria a consecuencia de la esencia histórica de los fenómenos, a consecuencia de su génesis ocurrida en el terreno de la sociedad capitalista. Esta doble determinación, ese reconocimiento y esa superación simultáneos del ser inmediato, es precisamente la relación dialéctica (1969:9).

Subjetividad e historia oral

En nuestro caso, con el método de la historia social y la historia oral, queremos dar cuenta de cómo la subjetividad desempeña un papel fundamental como mediadora en la relación entre las condiciones de trabajo y las condiciones de salud de los trabajadores. Recuperamos el importante planteamiento desarrollado por Ernst Cassirer (1963), esbozado ya por algunos pensadores griegos del periodo clásico, en particular por Epicteto, para afirmar que, además de los hechos, afecta a los sujetos aquello que sienten, perciben, significan, simbolizan del

mundo en el que viven y se desenvuelven, al entrar en contacto con su entorno y con los otros en interrelación e interdependencia constante.

Hacemos el abordaje de la subjetividad a la que consideramos como elemento mediador fundamental entre los procesos estructurales y el proceso salud-enfermedad, con la intermediación del estrés. Pero entendida ésta, la subjetividad, no como algo puramente surgido de los procesos internos de la persona, puesto que se trata de un proceso de estructuración dinámica en el que interviene en forma fundamental la interrelación con los otros en sociedad, en una cultura determinada históricamente y que es producto último de las formas de producción de la vida material de esa sociedad en la que el individuo está inserto.

La exigencia de acercarse a la subjetividad de las personas se da en función de la potencialidad explicativa de este elemento como una vía que permite acceder a los significados o sentidos que las personas le dan a sus experiencias y vivencias en general, y del trabajo en particular.

La subjetividad es el “objeto esencial de estudio de lo humano” ha señalado Isabel Jáidar (2003:11). Aunque es individual, se construye en un proceso social, en la interrelación con los otros. Las formas de sentir, las valoraciones y los pensamientos son producto de situaciones sociales. Asimismo la subjetividad está presente en el proceso de construcción de la identidad de los sujetos; es decir, dentro de una cultura, con una ideología que incorpora significados a manera de símbolos.

Los individuos dan a las estructuras del mundo un sentido o significado en función de esquemas de percepción y apreciación adquiridos a través de su posición en los espacios sociales, e interiorizar esas estructuras da como resultado las estructuras de pensamiento por las cuales los individuos aprehenden el mundo social (Bourdieu, 1988).

Las representaciones, los significados y los imaginarios sociales que los forman como seres humanos se expresan en símbolos que pueden ser registrados. El proceso de elaboración de significados se sintetiza en las producciones discursivas de la subjetividad (Jáidar, 2003).

Conocer de manera profunda qué mueve a los sujetos en su cotidianidad, en su praxis espontánea, implica partir de lo que hay detrás de eso inmediato, de esa pseudoconcreción, como diría Kosik, y poder mirar esa cotidianidad, el actuar empírico, desde su esencia, desde aquello que lo determina o lo perfila, en uno u otro sentido. Así, es posible

dar cuenta de cómo las ideas, creencias, significados, símbolos, tienen un asidero en lo social, económico, político, cultural y psicológico. La experiencia misma, aun cuando sea individual, no por ello está desligada del mundo de las interrelaciones de los seres humanos, de un mundo ordenado en cierta manera, que condiciona a esos seres a actuar bajo determinados cánones; susceptibles, no obstante, de ser transformados por otras acciones, ideas, por la praxis social.

En otras palabras, las relaciones sociales van a sustantivar aquello que las sujetos piensan. Sus maneras de actuar, a final de cuentas, van a estar encaminadas por un cierto tipo de relaciones sociales que llevan un sello. Sello impuesto desde fuera del sujeto mismo y que luego él interioriza para intentar actuar de acuerdo con el mundo en el que le tocó moverse. El accionar del sujeto no es tan libre como él quisiera, hay estructuras que desde el “exterior” van guiándole y limitando sus acciones, sus pensamientos, creencias, significaciones.

La historia social, a través de la historia oral, nos permite dar cuenta del mundo de la subjetividad, a la vez es posible enlazar ese mundo de los significados del sujeto con el tiempo histórico en el que se desenvuelve. Esos significados son elaborados en la colectividad, en la vida social, no son idénticos en todos, tienen elementos en común, y ciertas diferencias que pueden dar lugar a distintas respuestas condicionadas socialmente. Sin embargo, también puede darse lugar a la resistencia a los mandatos sociales, por ejemplo, a no querer asumirse como dominados y no aceptar la dominación en algunos, y al contrario, en otros desear continuar con esa dominación; por lo general estos últimos son los que se ven o creen ser favorecidos por la dominación.

Antes de continuar damos paso a algunas consideraciones respecto del abordaje que hacemos de la historia oral, misma que se basa precisamente en tratar de que los sujetos expresen, mediante su propio discurso, sus propias experiencias de vida, al tiempo que vierten su propia manera de interpretarlas a la luz del contexto en el cual les tocó vivir; como señala Graciela de Garay:

Conocer y explorar la historia del otro resulta siempre atractivo porque se persigue encontrar lo diferente, lo excepcional, lo específico, lo

singular que hace a ese individuo un ser único e irrepetible a la vez que representativo de su contexto social, ya que, al apuntar o descubrir la diferencia en esa vida, se descubre lo social. Efectivamente, Paul Thompson sugiere ver, a través de las historias de vida, cómo las presiones ideológicas y económicas interactúan a nivel individual (1997:16-17).

La historia oral, con su entrevista no estructurada, permite conocer la historia de vida de los sujetos, pero no en un sentido abstracto y aislado del mundo real, sino a partir del planteamiento de la historia social, que, a diferencia de la historia lineal en la que se considera a los hechos históricos como un cúmulo de acontecimientos inconexos, asume que la forma en la cual las sociedades se organizan para producir su vida material determina todos los demás aspectos de la vida social; la producción económica de los medios de vida determina los cambios, continuidades, los ciclos y rupturas que se presentan en la vida social.

La historia social coloca en el centro del análisis el modo de producción de la vida material y, en oposición a la historia oficial, se ocupa de los de abajo, de dar voz a los que no la tienen. La historia oral a la que nos referimos en este ensayo procede desde esa consideración, por eso interesa analizar la inserción social y por lo tanto la forma en que los trabajadores se insertan en la producción, y cómo el lugar que ocupan en la producción capitalista tiene que ver con su proceso salud-enfermedad; es decir, cómo la producción capitalista afecta sus procesos vitales.

La historia social permite abrir los horizontes y establecer los vínculos sociales, económicos y políticos (Hobsbawm, 1976) que rodean a los trabajadores, y con ello obtener elementos para entender la base estructural en la cual se sustenta la mentalidad dominante y la resistencia a ese dominio, en una época que reproduce determinados códigos de conducta y actitudes que serán retomados por sus actores: hombres y mujeres que enfrentan necesidades físicas y espirituales bajo un determinado estado de cosas y sujetos a distintos poderes.

Cada sujeto percibe la realidad desde el ángulo que en la colectividad, en la clase social de la que forma parte, le tocó moverse; así, su experiencia está permeada por su subjetividad que, decíamos líneas arriba, no es algo individual sino que está construida socialmente, en

la interacción con los otros, en la familia, en la escuela, en el trabajo, en fin, en los diversos espacios sociales donde el sujeto se mueve e interactúa con los otros.

Pero sobre todo, como hemos dicho al principio de este ensayo y como señala Donald Lowe (1982), la percepción es clasista; desde la percepción de clase los sujetos son instados a percibir de acuerdo con el papel que les asigna el sistema de clases. Como diría Luc Boltanski (1975), depende de la clase social de pertenencia cómo el sujeto percibe su cuerpo y lo significa y cómo percibe y luego significa sus malestares. Un sujeto de la clase trabajadora, de acuerdo con las ideas permeadas por el poder a través de todos los espacios sociales, suele ver su cuerpo, significarlo, como un instrumento que le permite sobrevivir mediante la producción industrial. Así, si ese instrumento tiene alguna falla, su empleo en la producción para sobrevivir puede verse interrumpido, de tal manera, como consecuencia de la significación socialmente creada, el trabajador se obliga a no escuchar sus malestares para mantenerse productivo y poder subsistir.

En la construcción de la subjetividad, de la identidad del sujeto, el Estado desempeña un papel fundamental, pues introduce en cada una de sus instituciones, familia, escuela, trabajo, sistema jurídico, legislativo, los preceptos que permitirán la permanencia del modo de producción al que representa, permitirán que su orden, el orden capitalista continúe vigente.

Entonces el asunto de la significación, la subjetividad, cobra una importancia fundamental. Tiene que ver con la identidad, que no es algo sólo individual, sino que tiene que ver con los otros, con la sociedad, pues la identidad no se construye en el vacío sino en la interrelación con los otros, en los distintos espacios sociales, en las distintas instituciones con las que el individuo tiene contacto: familia, escuela, iglesia, fábrica, entre otras.

Dominación, resistencia y salud-enfermedad

En todos los espacios por los que el sujeto transita, le son transmitidas unas ideas, las dominantes en esa sociedad, las ideas de la clase en el

poder. El sujeto las asimila o las rechaza, pero, ya sea en un sentido (de asimilación), o en otro (de rechazo), esas ideas van formando parte de su identidad, de la forma de significar el mundo, a los otros y a sí mismo, su cuerpo, sus malestares. En su identidad está presente la forma de aceptar o rechazar la dominación, la injusticia, su forma de hacerse el sordo o el mudo o de enfrentar abiertamente o en silencio la dominación, de resistir disimuladamente, y de soportar en silencio las injusticias. El disimulo con el que los sujetos llegan a enfrentar la dominación no necesariamente significa que no exista el rechazo en los seres humanos; por el contrario, el conflicto generado continúa ahí, latente mientras persista la dominación, la injusticia que le dio motivo, aunque no se exprese abiertamente.

La percepción, es decir, lo inmediato, lo dado, eso que se inserta en el otro proceso, más complejo, de significación, tiene que ver con la identidad, con los significados que el sujeto asigna a los hechos, pues el ser humano es simbólico. Así, la significación, la subjetividad del sujeto no es sólo algo interno, se elabora en la interacción con los otros, en sociedad. La subjetividad tiene que ver con una historia de vida que está inserta en una historia social más amplia, con una determinación histórico-social.

La historia social contempla, en su fundamentación más acabada, a la historia económica,⁵ al modo de producción de la vida material de la sociedad. Cuando el modo de producción es el capitalista, hablamos de un tipo de sociedad que da lugar a relaciones sociales asimétricas, de explotación, de dominación; cuyas contradicciones también dan lugar a su opuesto, la resistencia.

De ahí la necesidad de conocer el contexto económico, social, político, cultural, psicológico en el que se desenvuelven los sujetos, para entender más acerca de cómo son afectados en su identidad, en sus significados, en su subjetividad, por los procesos sociales de su tiempo, de su momento histórico. Cómo asimilan o, por el contrario, resisten la dominación, el poder, la injusticia, la explotación, el despojo de su ser como humanos.

⁵ Para profundizar en este aspecto puede consultarse a Hobsbawm (1976).

En este ensayo sostenemos que las relaciones antagónicas generadas por la contradicción dominación-resistencia, dan lugar a un conflicto constante. Cuando tal conflicto no se expresa hacia el exterior; cuando la resistencia no es franca, abierta, hacia el origen del conflicto –la dominación, la injusticia– y se queda oculta, silenciada, disimulada,⁶ el conflicto constante, da lugar en el organismo a la respuesta del estrés, también en forma prolongada; y con ello al potencial desencadenamiento, en íntima relación con las experiencias vitales previas del sujeto, de su biografía, de determinados procesos mórbidos.⁷

De ahí que consideremos determinante la manera como se asuma por los individuos el problema de la dominación y la resistencia, pues de ello depende una mayor o menor expresión de la respuesta de estrés y si esa respuesta es o no prolongada. Si se asume como una problemática colectiva- derivada de relaciones sociales de explotación- y existe una respuesta colectiva ante la dominación, ante la injusticia, la respuesta del organismo a las situaciones estresantes puede ser de corta duración, al vislumbrarse soluciones conjuntas, al no vivirse en soledad el conflicto; y sobre todo cuando los sujetos asumen el conflicto como problemática colectiva y la resistencia es asimismo colectiva, el espacio de la confrontación es ahora ocupado por los sujetos colectivos que asumen una praxis política, un papel activo como lo que son, los protagonistas de la historia, los actores de los cambios sociales o de las continuidades. Se trata, así, de sujetos que resisten abiertamente y que en esa resistencia van formando una “conciencia colectiva condensada al calor de la resistencia” (Navarro, 2012:130). Además, en ese proceso recuperan su ser como humanos, por ser partícipes de las decisiones que afectan su ser, su entorno, su mundo, su contexto; debemos aclarar, siguiendo a Reygadas y Vega (2014:307), que la resistencia no es sólo destrucción, sino implica muchas de las cualidades humanas, por ello es que Georges Navel (1946:247) señala, de manera elocuente: “Hay una tristeza obrera, de la cual sólo cura la participación política”.

⁶ Se puede revisar a Scott (2000), quien sostiene que las clases dominadas suelen disimular el disgusto, el rechazo, la resistencia generada por la dominación, para sobrevivir bajo condiciones de vulnerabilidad.

⁷ Esta temática se encuentra ampliamente desarrollada en Pulido (2012).

Si, por el contrario, el conflicto se vive en aislamiento —como dicta la visión dominante—, y se le mira como una situación individual, deriva de ello la respuesta prolongada al estrés, entonces la respuesta del organismo puede ser más intensa y más prolongada. Como consecuencia, se presentan a mediano o largo plazo una serie de alteraciones metabólicas y fisiológicas que más tarde darán lugar a las enfermedades más frecuentes y letales para la clase trabajadora, las llamadas enfermedades crónico-degenerativas.

Dicho en palabras llanas, cuando el sujeto debe callar perpetúa en sí mismo la respuesta del estrés, un cuerpo al que no se permite moverse, protestar, prolonga la respuesta del estrés. Entonces se enferma. En la problemática del estrés de trabajo se da el encuentro entre una situación social y una situación biológica, fisiológica. Está ahí presente el puente que conecta lo social y lo biológico. Por eso, una vez que se apodera de los sujetos el desencanto, la decepción, la tristeza obrera, es decir, la tristeza por la pérdida del ser, aparece la enfermedad.

Una situación problemática constante como son las condiciones laborales y de vida más precarias e inseguras, derivadas de la explotación laboral, dan lugar a diversas enfermedades, las más frecuentes en la clase trabajadora son los padecimientos crónico-degenerativos; y si el sujeto no responde como sujeto colectivo, su cuerpo se instala en respuestas permanentes que problematizan los ejes de su funcionamiento autorregulado. Los sujetos viven las situaciones de la vida y sus estructuras orgánicas responden a esas vivencias.

Por ello es necesario investigar cómo significan los sujetos, qué los afecta y cómo los afecta, sus acciones y, por qué actúan de una u otra manera; pero sin descuidar el conocimiento del momento histórico, para poder conocer cómo y porqué resultan afectados en su salud; la historia oral, de la mano de la historia social, nos permite alcanzar ese propósito.

A manera de conclusión

A partir de estas sencillas reflexiones hemos pretendido rescatar aquello de que la adscripción o, mejor dicho, la pertenencia de clase

posibilita una experiencia de vida diferente según sea la clase a la que se pertenezca. Como dice Joseph Stiglitz al tener en mente la sociedad estadounidense:

Sus vidas son diferentes: tienen distintas preocupaciones, distintas angustias, distintos estilos de vida. A los ciudadanos corrientes les preocupa cómo van a pagar la universidad de sus hijos, qué pasará si algún miembro de la familia cae gravemente enfermo, cómo saldrán adelante cuando se jubilen [...] Los que pertenecen al 1 por ciento [...] hablan otras cosas: qué tipo de avión se van a comprar, cuál es la mejor manera de proteger su dinero (2015:5).

Lo señalado por Stiglitz alude a una verdad fundamental contemporánea, la abismal desigualdad en la distribución del ingreso, de la riqueza. Desigualdad que, desde luego, encuentra su origen en la también enorme desigualdad en la “distribución” de la propiedad de las condiciones materiales de existencia.

De los métodos y enfoques tradicionales derivan insuficiencias, interrogantes y lagunas de conocimiento en torno a los planos de la subjetividad, de lo cultural, lo social, de los simbolismos del cuerpo, de las identidades, de los significados que son elaborados socialmente.

Acercándonos a esos planos con la historia social, por medio de la historia oral, buscamos, sin preguntar de manera directa, sino tal como lo haríamos en una conversación, conocer cuál es la interpretación que los sujetos dan a sus experiencias de vida y trabajo y cómo su interpretación repercute en su proceso salud-enfermedad. Con los planteamientos de la historia social y la historia oral queremos dar cuenta de los diversos procesos de la historia de vida de los sujetos, no aislados, sino dando cuenta de ellos como sujetos colectivos, que se desenvuelven en la interrelación con los otros, en los colectivos.

Los sujetos, al hablar de sus experiencias de vida, nos permiten conocer no sólo sus formas de pensar, sino además nos transmiten la manera en que sus percepciones, sus emociones, sus significaciones, sus formas de estar en la vida, han sido construidas en una sociedad cuyas ideas dominantes les son transmitidas por las instituciones del Estado, familia, escuela, fábrica, entre otras, para hacerlos funcionales al sistema,

para hacerlos seres *ad hoc* al modo de producción capitalista. No para que trabajen para vivir, sino que vivan sólo para trabajar.

Sucede, también, que al platicar, al contar sus vidas, recrean, reproducen de diferentes maneras y temporalidades los conflictos que en ellos generan esas ideas dominantes, las formas en que resisten el dominio, calladamente o enfrentándolo, nos hablan del por qué y cómo disimulan el rechazo a la dominación; por qué y cómo enfrentan al dominio. Además nos hablan de sus malestares y nos muestran cómo las condiciones de trabajo nocivas los enferman, aun cuando en las encuestas no se atreven a señalarlo.

Esta alternativa nos ha permitido conocer otros aspectos de la vida, del trabajo y de las enfermedades de los sujetos, nos ha permitido enlazar las determinaciones económicas, sociales, políticas y culturales con el fenómeno que estudiamos: la relación trabajo-estrés-salud.

Con el método de la historia social y la historia oral queremos contribuir a la comprensión de los significados que tienen los sujetos acerca del trabajo, su vida y su salud, bajo el entendido de que éstos han sido formados en la interrelación con los otros en sociedad; queremos también contribuir al entendimiento de cómo los significados construidos socialmente tienen un importante papel en la forma en que son afectados los seres humanos en su salud.

La historia oral es un importante apoyo para conocer cómo los sujetos han elaborado sus maneras de pensar, de vivir, de actuar y, como consecuencia de ello, cómo significan esos hechos, entre otros, los del trabajo, los de su vida y los de su salud; para conocer cómo y por qué los han afectado, causándoles malestar y diversos trastornos.

Nosotros, como dicen Ivonne Szasz y Ana Amuchástegui, privilegiamos la profundidad en lugar de la extensión numérica de los fenómenos y la comprensión en lugar de la descripción, asimismo preferimos también ubicar un contexto en lugar de la representatividad estadística.

Se privilegia aquí la profundidad sobre la extensión numérica de los fenómenos, la comprensión, en lugar de la descripción, la ubicación de un contexto en vez de la representatividad estadística. Es la riqueza y densidad de los estudios lo que construye su capacidad de representar realidades culturales y subjetividades diversas.

El reto conceptual, por así llamarlo, consiste en poder asumir la experiencia de vida, la subjetividad, la vida interior a la luz, si se quiere, en el contexto de las condiciones de producción y de tráfico de nuestra sociedad. En esta labor, rescatar la palabra oral, la oralidad es un asunto de trascendental relevancia. Adoptando, desde luego, una actitud dialéctica que consienta lo general y lo particular, lo que se impone y lo que le resiste, lo que identifica y lo que singulariza.

Bibliografía

- Baran, Paul y Hobsbawm, Erick (1985). “Las etapas del crecimiento económico”, en Guillermo Ramírez (coord.), *Lecturas sobre desarrollo económico*. México: ENE-UNAM, pp. 155-160.
- Bauman, Zygmunt (2013). *Vida líquida*. México: Paidós.
- Boltanski, Luc (1975). *Los usos sociales del cuerpo*. Argentina: Ediciones Periferia.
- Bourdieu, Pierre (1988). *Cosas dichas*. España: Gedisa.
- Cassirer, Ernst (1963). *Antropología filosófica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cuéllar, Ricardo y Florencia Peña (1985). *El cuerpo humano en el capitalismo*. México: Folios Ediciones.
- Cueva, Agustín (1982). *La concepción marxista de las clases sociales*. México: FCPyS-UNAM.
- Dos Santos, Theotonio (1972). *Concepto de clases sociales*. México: Editorial Nuevos Horizontes.
- De Garay, Graciela (1997). “La entrevista de historia de vida: construcción y lecturas”, en *Cuéntame tu vida: historia oral, historias de vida*. México: Instituto Mora, pp. 16-28.
- Goldmann, Lucien (1975). *Lukács y Heidegger. Hacia una filosofía nueva*. Argentina: Amorrortu editores.
- Hampden-Turner, Charles (1978). *El hombre radical*. España/Argentina: Fondo de Cultura Económica, México.
- Hobsbawm, Eric (1976). “De la historia social a la historia de la sociedad”, en Ciro Cardoso, *Tendencias actuales de la historia social y demográfica*. México: Sepsetentas.
- Jáidar, I. (2003). “Introducción”, *Convergencias en el campo de la subjetividad*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 7-21.

- Kosik, Karel (1976). *Dialéctica de lo concreto*. México: Grijalbo.
- Lenin, Vladimir (s/f). “Una gran iniciativa”. en *Marx, Engels y el marxismo*. Moscú: Progreso.
- Lowe, Donald (1982). *Historia de la percepción burguesa*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lukács, Georg (1969). *Historia y conciencia de clase*. México: Grijalbo.
- Luxemburgo, Rosa (1979). *El desarrollo industrial de Polonia*. México: Cuadernos de Pasado y Presente.
- Marx, Karl (1975). “El trabajo enajenado”, en *Manuscritos económicos filosóficos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1968). *Sociología y filosofía social*. Barcelona: Ediciones Península.
- y Federico Engels (1974a). *Concepción materialista y concepción idealista*. México: Ediciones Roca.
- (1974b). “Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista (capítulo I de *La ideología alemana*)”, en *Obras escogidas*, tomo I. Moscú: Progreso.
- Navarro, Mina (2012). “La memoria como impulso de resistencia y prefiguración en las luchas socioambientales”, *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 38. México: UAM-Xochimilco, pp. 123-146.
- Navel, G. (1946). *Trabajos*. Argentina: Argos.
- Pulido, Margarita (2012). *El lujo de enfermar. Historia de vida y trabajo*. México: Miguel Ángel Porrúa/CEAPAC.
- Ramírez, Santiago (1976). *Sobre el método de Marx*. México: Centro de Filosofía de las Ciencias, UNAM.
- Reygadas, Rafael y Roberto Vega (2014). *Caminos de lucha y esperanza*. México: Sedepac.
- Sánchez, Adolfo (1972). *Filosofía de la praxis*. México: Grijalbo.
- Scott, James (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Editorial Era.
- Szasz, Ivonne y Ana Amuchástegui (1996). “Un encuentro con la investigación cualitativa en México” en Ivonne Szasz y Susana Lerner (comps.), *Para comprender la subjetividad. Investigación cualitativa en salud reproductiva y sexualidad*. México: El Colegio de México.
- Stiglitz, Joseph (2015). *La gran brecha*. México: Taurus.
- Wright, Charles (1964). *Poder, política, pueblo*. México: Fondo de Cultura Económica.